

Sábado

Revista Semanal

Primer año

MEDELLIN, 3 DE DICIEMBRE DE 1921

Número 31

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECA
COLECCIONES ESPECIALES
Salvador Perdomo

MEDELLIN



LAVADORAS EN EL RIO



Compañía General de Seguros

Incendios, Transportes, Vida, Navegación, etc.

Capital y Reservas: \$ 2.897.347.86 oro

SUCURSAL DE MEDELLIN
MAXIMILIANO CORREA U., Agente.

Estimule la industria nacional, asegurando en esta Compañía del País, cuyos reconocido crédito y sólido capital son la mejor garantía.

Jabón de Trébol
PARA
EL TOCADOR
ÉS DELICADO Y PURO.

DIRECTORES:
BERNARDO VELEZ
F. VILLA LOPEZ

SABADO

REVISTA SEMANAL

PUBLICADA POR LA
SOCIEDAD EDITORIAL
LITERARIA

Primer año

MEDELLIN, 3 DE DICIEMBRE DE 1921

Número 31

PALIQUE LITERARIO

Con frecuencia oímos decir a ciertos escritores, que tratan de disculpar su pereza o su incapacidad: En nuestro medio no tenemos asuntos propios para componer novelas. Como si no formásemos también parte de la especie humana, o como si el género novelesco se redujese al relato complicado de una serie de aventuras extraordinarias entre personajes titulados. Los lectores asiduos de Montepin o de Carlota Braemé se figuran, en efecto, que solamente los condes y los marqueses y las actrices que resultan hijas de algún príncipe, son dignos de figurar en una novela.

Tantos elementos para un libro de costumbres encuentra el escritor en nuestra sociedad, como encontraría en Londres o en Constantinopla. No hay tipo, no hay asunto, por escaso de artificio que sea, que no presente materia para el enredo de un cuento o para la composición de una novela. Es el mismo caso de la pintura, que hace admirable todos los seres y los objetos pintados con arte. El toro Potter o el mendigo de Velásquez pueden figurar lucidamente al lado del *Juicio final*, con sus centenares de personas.

La sencillez del argumento, que guarda cierta semejanza y relación con la sencillez del estilo, ha sido una de las principales conquistas del naturalismo. Sólo en el teatro se sigue exigiendo una urdimbre que mantenga tensa la atención de los espectadores, y por ese motivo, la escuela naturalista ha fracasado hasta ahora en la escena, a pesar de los esfuerzos de grandes ingenios. Es porque el teatro pide movimiento, vigor y variedad, y la sola belleza del estilo no es suficiente para entretener durante algunas horas la imaginación de un público.

En el cuento y en la novela, el triunfo del naturalismo ha sido completo. Hace unos cuantos años, antes de 1880 para precisar, el vulgo le pedía al novelista un enredo complejo, que no dejase decaer el interés de la fábula; los casos más extraños surtían de temas a los escritores, y lo inverosímil solía ser el resultado de tan absurdo sistema. Un novelador que respetase su oficio tenía que forjar un relato en donde el protagonista resultase hijo de su suegra o hermano de su mujer.... De otra manera, la obra se tachaba de sosa, de árida, de pedestre. «Los compañeros del silencio», de Paul Feval, pueden servir de modelo del género. Para leer esta novela se necesita tener la memoria muy deshabilitada, pues hay en ella un personaje que aparece con diez o doce nombres y en otros tantos estados o condiciones sociales.

Al inspirarse directamente en la realidad, y al tomar como única norma la observación, los escritores naturalistas reformaron por completo la estética

de la novela, suprimiendo el embrollo y reemplazándolo con tipos verdaderos y con escenas de la vida corriente, descritas con la simplicidad del arte. Y la sencillez, que marca los buenos estilos, ha venido a ser también el distintivo de los buenos argumentos.

Pero como todo se exagera, aún lo bueno, algunos escritores realistas han tratado de llegar al extremo de lo sencillo en los temas elegidos, haciendo que sus novelas degeneren en una trivialidad entlenque y desprovista del interés que ofrece el estudio de las pasiones y de las luchas humanas. Refiere Remy de Gourmont que Huysmans meditó largo tiempo un libro concebido así: Un caballero de la burguesía sale de su casa por la mañana para ir a su oficina, y en el trayecto nota que sus zapatos no están lustrados. Se detiene entonces para que un limpiabotas repare este olvido, y mientras tanto, se pone a pensar en los menudos asuntos de su vida, y después sigue su camino. El problema estaba en forjar con semejante argumento nada menos de trescientas páginas, en forma novelesca. Y sin duda esta dificultad impidió que el autor de *A rebours* escribiese el libro, tal como lo meditaba.

Un amigo y compañero de Huysmans, Gabriel Thyeubaut, compuso en 1880 una novela titulada *Le vin en bouteilles*, que no ha sido publicada. Existen dos manuscritos, y de una obra reciente, en extremo curiosa, de León Defoux y Emile Zavie, *Le Groupe de Medan*, tomamos los siguientes datos sobre *El vino embotellado*. Es la historia de un buen señor rutinario, que acepta la invitación de un amigo para pasar un día de fiesta en el campo. Llegan a casa del amigo y se dedican a embotellar vino y a lacrar y rotular las botellas en la bodega. El invitado ejecuta la tarea con tal habilidad, que el amigo le deja solo en el oficio, y entonces empieza un monólogo, donde el protagonista expone sus teorías filosóficas y defiende su apatía de fakir. Soy el hombre mediocre—piensa—y sin embargo lo sé todo. La novela termina con un incidente naturalista, que no podemos relatar aquí, pero que carece en absoluto de interés, por la frecuencia con que se repite en el mundo.

Por supuesto que se necesita mayor talento, en forma de humorismo, de estilo delicado o de exactitud y gracia en la observación, para explotar los temas sencillos. Si del más trivial suceso se puede sacar materia para un cuento, en cambio, el arte del escritor tendrá que suplir la pobreza del asunto. Dadle un tema sencillo de un relato de Maupassant o de Andreief a un chambón, y solo alcanzará a producir un esperanto literario. Apenas los ingenios privilegiados son capaces de darle novedad a una historia que esté al alcance de las imaginaciones más pobres. El secreto consiste en tener un gusto refinado y en huir de los lugares comunes.

Bernardo VELEZ

GLOSAS AL AVION

V

A Fulano de Tal, misántropo

LA GUARIDA DEL LOBO

En el abismo surge de repente, arropada con la noche y el agua, la Ciudad. La rodea un tenue resplandor vaporoso, producido por la refracción de las luces eléctricas en la lluvia; es un halo semejante al que pone la hagiografía al rededor de las santas cabezas.

A pesar de su levisimo parpadeo, los mil ojos de la electricidad domada tienen cierta fijeza que produce malestar. Visión selvática, de una tribu de lobos que desde la sombra acechan su presa. No se ve su cuerpo delgado, ágil y bárbaro; no se ve su recia pelambre; no se ven sus fuertes mandíbulas ni sus garras bravas, pero se ven sus ojos, y en ellos chispea la amenazante fiereza del matorral y se advina el ansia carnívora. Y para completar la semejanza, los aletezos del huracán remedan el ulular de la manada.

Y, en verdad, ¿que es la Ciudad sino la guarida del lobo? Allí se agita el hombre, la más temible bestia, el omnívoro espantoso como un Satanás y bello como un Dios, el animal exímio y miserable a quien atormentan la inteligencia, el amor, el rencor y la lujuria.

**

La urbe es la selva innumerable y repleta de torrores:

Marañas de espinos y arbustos venenosos, a

donde sólo penetran furtivos rayos de sol; claros del bosque, donde luchan el tigre y el toro; espeluncas tenebrosas, donde dormita el león; podredumbres de cadáveres y leños, donde hoza la hiena; húmedas alfombras de hojas y bejuocos, por donde se arrastra silenciosa y plebeyta la serpiente y donde hacen sus nidos arañas felpudas; pantanos burbujeantes y deletéreos, donde habitan la fiebre y el códrilo; seculares troncos carcomidos, donde se esconden alimañas policromas; chozas primitivas, donde el salvaje enherbola sus saetas y prepara banquetes de suculencia antropófaga; orquídeas fastuosas, de primor extraño, a donde acuden las abejas y donde se arraciman gruesas moscas inmundas; todo esto, y mucho más, es la Ciudad: lugar extenso y pavoroso, gasógeno de infidencias, sorpresas, lucha sorda y continua, perenne fermentadero de la vida y de la muerte, del milagro renovador y del asesinato. Y en la noche no se distingue la selva, pero se ven brillar, cual minúsculas hogueras infernales, nos ojos de los demonios que la pueblan.

La Ciudad es la selva, y la selva es la cueva del monstruo.

Todos vamos desnudos bajo la ropa, ha dicho Guillermo Valencia. Mas también el pellejo es un vestido, un disfraz carnavalesco tras el cual se oculta la persona auténtica, a saber: la urraca avara, el sucio escarabajo, el lascivo macho cabrío, la panteira sangüinaria, la víbora traidora, la pedante y parlanchina cotorra, el bñite goloso, el gato desagradecido o el perro servil, en resumen, las catorce bestias simbólicas de los catorce pecados fundamentales, las siete fieras representativas de los siete vicios capitales y las tres sirenas que sirven de máscara a los tres enemigos del alma.



Fot. B. de la Calle.

EN LA CLINICA DE PATOLOGIA GENERAL ..

Sentados: Izquierda, Doctor Braulio Mejía, profesor. Derecha, Don Eliseo Velásquez Mejía, jefe de Clínica.
De pie: De izquierda a derecha: D. Tulio Arango, D. Martín Noreña, D. Eduardo Vesco, D. Guillermo Isaza, D. Juan B. Pérez, D. José Ma. Correa, D. Hernán Perea, D. José J. López, D. Martiniano Echeverri, D. Jesús Ceballos, D. Alberto Upegui y D. Juan C. Carmona.

Bajo nuestra piel—cuero empostemado de Job o suavísima epidermis de Sulamita—llevamos desnudas todas las especies animales, y la sociedad es la multiplicidad zoológica.

En el abismo, envuelta por la noche y la lluvia, aparece la Ciudad. Las luces eléctricas son fulgurantes miradas de lobos, cuyas fauces famélicas tienen sin duda un movimiento hostil en la oscuridad. ¡Ay de quien caiga bajo las zarpas de la manada!

Desde la altura del aeroplano, contemplamos la urbe sombría y decimos, con miedo y convicción: —Allí está la guardia, allí está el hermano, es decir, allí están el peligro y el crimen.

Original para «SABADO»

Luis BERNAL

PENSAMIENTO Y PALABRA

A la señorita Enriqueta Angulo, cuyo premio al mérito referendaron ya los Maestros y la opinión que no supo vestirse de envidia, ni en la admiración leyó la li-sonja. Respetuosamente.

En la función difícil de escribir no se hace más que vaciar el alma en el espacio infinito de la vida real, prender las luces interiores; poner al sol de la pasión, de la envidia bastarda y del pesar innoble, el involucre del espíritu y la carne que viven el silencio íntimo de la personalidad.

Escribir, decir, sentir. Hé aquí el más grave padecimiento y el más noble a la par.

Porque extraer la idea de su sagrada camarilla es abrir la caja de Pandora para que vuelen las mil palomas encantadas que duermen prisioneras bajo un espacio limitado; es encender la luz, romper las llaves cinceladas que guardan el misterio de los siete frutos de Dionisio.

Y la luz será débil, incierta, dará un triste colorido al paisaje exterior si es apenas el reflejo de una idea aparente, de una pequeña concepción, enfermedad y agonizante entre las veleidades de la realidad y la inexistencia. Pero quemará el aceite de la vida, perfumará el incienso escondido en el cerebro, ese diminuto relicario de plata, y encenderá a Psiquis en amor y gracia si es brote verdadero, fuente robusta, arco multicolor.

Entre el objeto que concibe y aquel que es concebido debe existir la más estricta relación; deben estar ligados por el lazo del amor, confundidos en el vínculo de la pasión y el afecto; o mejor, lo que se echa a volar al mundo externo debe ser el más genuino trasunto de lo que atormenta la sagrada camarilla interior. No se puede mentir.

Ama el cerebro lo que revela el corazón y éste se regocija con las concepciones del cerebro. Las concepciones enclenques, faltas de vida, anquilosadas y enfermizas son hijo predilecto.

Para que la idea sea noble ha de resumir la verdad que duerme dentro, así como la burbuja que se mece en el vaso denuncia el líquido que en el movimiento la genera.

La palabra ferviente grabada sobre la tersura del papel, debe ser una religiosa transcripción del pensamiento que hierve por dentro y que atenta saltarse al remanso de la vida sensible. Y no debe enturbiarse ese papel con fruto distinto al engendra-

do por el maravilloso poleo de la observación, de la alegría, del dolor, del odio, del nuevo motivo, del mejor hallazgo, de la más honda duda. Si el corazón sangra, que sea sangre la palabra; que sea la canción una elegía de misericordia y de piedad. No debe existir aceite para las ideas. Si en la oscuridad interior se puede mirar mejor que a la luz de las cosas externas y vanas, precisa ser inéditos. La idea escrita debe ser un lampo purísimo que el alma refleja y aviva el corazón.

Las ideas duermen y engañan como las sirenas, o resuenan con graves disfraces como el soplo cálido que se dilata en el vientre fecundo de los agrestes caramillos. El consorcio divino entre el pensamiento y el ritmo, son el truto sagrado de la ordenación de las cosas al corazón.

No es preciso mentir. El edificio del pensamiento cae convertido en pedazos al menor viento cuando es falsa su construcción; las ideas pierden su valor definitivo y se desconciertan o se mueren... cuando desvían su trayectoria. Desviada la misión del espíritu, éste se torna panteísta; perdida la nobleza de la idea, queda un residuo de palabras ahuecadas, sin alma, sin calor y sin vida. Conviene entonces la sabiduría del silencio.

Original para «SABADO»

Luis CARRION



MEDELLIN PINTORESCO.—Expléndida cascada artificial que forma el desagüe del Tanque de la Planta Eléctrica Municipal y del Acueducto de Medellín en el Alto de «El Toldo», al nordeste de la ciudad.

UN TIPO DE LA TIERRA

LA CARBONERA

Dibujos de Pepe Mejía.

Compra carbooon!
.....
Compra carbooon!
.....
Compra carbooon!
—Nóoo!
—Musgo compra?
—Nóoo!
—Tierra de capote
pa las matas?
—Nó.
—Tiene ropita vie-
ja pa vender?
—Nó.
—Deme un *sobra-
ito*, niña.
—No hemos almor-
zado.
—Vuelvo *diaquiun*
ratico?
—Nó.

Y la terca muchacha sale al fin del zaguán, para ir de casa en casa, con idéntica cantinela. Lleva a la espalda un gran tercio de carbón, musgo y capote....

Es la carbonera una muchacha fresca y sanota, de 16 a 20 años, robusta y pesada. Mueve con desgarró el cuerpo al andar, y exhibe, por abajo, robustas y apretadas pantorri-llas que el frío de la montaña amora-tó, y por arriba, flojas y móviles abun-ancias que estrecho corpiño aprisiona y exalta. Sus ojos son apagados y tristes, y su hablar tiene un dejo extraño y mo-nótono.

—Y me encima un trapito
viejo?

de. Es ya muy tarde y su grito repite por milésima vez:
—Compra carbooon?
—Compra carbooon?
—Sí, aguarde.—Y sale al trasportón la señora.
—A ver; está bueno?
—Sí, señora; muy bueno.
—Cuánto vale el tercio?
—Cien pesos, pero a usted se lo doy por noventa.



Lleva a la espalda un gran tercio de carbón, musgo y capote....

—Sesenta le doy.
—Por ochenta, lo menos.
—Nó, 65.
—Por 70. Es muy barato....
—Nó, 65.
—Y me encima un trapito viejo?
—No tengo.
Un *sobra'ito*, pues?
—No hemos comido.
—Me dá un tabaquito?
—Yo no fumo.
—Se lo voy a dar en los 65, niña, pero me encima una arepita siquiera.

Se cierra el trato, sin llapa o con ella. Recibe la



Es la carbonera una muchacha fresca y sanota.....

muchacha el dinero que, moneda a moneda, golpea contra el piso para probar su legitimidad, y acaba por envolverlas en la punta de sucio pañuelo que en el seno oculta.

Ahora va calle arriba sin prisa y sin preocupaciones. Husmea curiosa por las ventanas cuanto en el interior de las casas ocurre. Llega por fin a la Plaza de Florez donde, sentada al borde del andén, aguarda sin impaciencia a que se le reúnan parientes y amigos para emprender el regreso a los hogares lejanos.

En numerosa comitiva van por la calle de Guarne, agoviados los cuerpos por el cansancio y encendidas las almas en ira reconcentrada e impotente por los gritos insultantes de los muchachos:

¡Juicio!—¡Juicio!—¡Juicio!

Original para «SABADO»

Luis F. OSORIO



Contribuyamos todos a hacer
de Medellín una ciudad
hermosa y culta.

PANOPLIA

A UN ARMERO

Experto artista toledano; incrusta el oro fino en el armés de acero, promesa del tesón de caballero en los recios embates de la justa.

La dúctil malla de la cota ajusta al talle del procaz aventurero, cao a bordo sigue de veloz velero la blanca estela de turquesca fusta.

Tu buril, talismán de taumaturgo, la fama y gloria de Colmann de Augsburgo y de Negrolí el milanés eclipse,

cuando el rudo perfil de Bradamante o Polifemo, en el broquel brillante, haga surgir del círculo o la ellipse.

BROQUEL

Del sol el rostro llameante en medio fulgura de los signos del Zodiaco y en torno plebe del tribuno Graco escuchando ceñuda el epicedio.

Alrededor después surge el asedio de Roma por las haces de Espartaco, y al borde obscena procesión de Baco que de las turbas desvanece el tedio.

Tal Gonzalo Simón, para un caudillo que odia la vida cortesana y muelle, mas que ostente con Príncipes entrunque,

sabe arrancar al golpe del martillo, mientras respira jadeante el fuelle, un broquel a la púrpura del yunque.

ALMETE

La fúlgida atauja del almete sabe los pensamientos concebidos por el adusto Emir, cual los latidos de su gran corazón el coselete.

Delante va del escuadrón cenete, sus arabescos por el sol bruñidos, el espanto a sembrar por los egidos que atalayan las torres de Alcaudete.

Y cuando torna a márgenes del Darro, corona de raurél del más bizarro entre los Reyes de moriscas taifas,

el vencedor, de su glorioso peso las sienes libra que conforta el beso de la más hechicera de sus daifas.

DAGA

Galardón de los hornos de Toscana, César Borja la arranca de sus lares; y ampara bajo púrpuras talares perfidias de la Corte vaticana.

De ilustre sangre ansiosa, cual su hermana esgrimida por Juan de Cañamares, pone fin a satíricos cantares en boca del audaz Villamediana.

Con ella plebe maldiciente y necia de la ley del Senado de Venecia vengarse sabe con tesón fanático;

y los presagios de la cauta intriga cauto el Consejo de los Diez castiga en la mazmorra azul del Adrídatico.

ARCABUZ

El arcabuz, que en lecho de velludo guarda el churrigeresco escarparate, tronaba ayer en el feroz combate y hoy es recuerdo de victorias mudo.

Su resplandor a las bordanas pudo obligar a ceder el acicate y la vida ilustrar de algún magnate de gules salpicándole el escudo.

El brazo de un soldado de Castilla en el suelo holandés clavó la horquilla do su cañón para matar se apoya;

su voz uniendo a la estentórea salva que enardeció a los milites de Alba y a las huestes del duque de Saboya.

ESPADA

Los claros filos de mi frágil hoja templó en el escamel agua del Tajo, y de las tierras de Rocroy me traje alguien de sangre hasta la guarda roja.

Sin ser para los débiles congoja como las armas fáciles del majo, de la capa ciféronme debajo nietos de duques que pintó Pantoja.

El punzón de un artista de Toledo grabó la marca que en la lid sañuda ostenté y en los claustros de Lovaina;

y, a la ira hostil e inasequible al mieda, nadie me ha visto sin razón desnuda ni sin honor devuélteme a la vaina.

Antonio de ZAVAS

LOS CUENTOS DE "SABADO"

LAS BODAS DE REFUGIO

Pedro Moncada y Luis Ordóñez fueron amigos desde la infancia, porque eran vecinos y porque desde niños concurrieron a la misma escuela campestre. Allí en una hondonada muy soledosa, colindaban sus pegajales y sus pequeños plantíos.

Aprendieron los primeros rudimentos en los mismos bancos y con la misma maestra. Ya un poco espigados, salió cada uno a sus labores: Pedro a trabajar la tierra con su padre ya un poco avejantado, y Luis, a prestar ayuda a un su tío, arriero de profesión.

La diversidad de sus ocupaciones los fue separando un tanto; también al crecer, sus caracteres no parecían los más acordes para conllevar una amistad íntima.

Moncada era taciturno, económico, astuto y silencioso; Luis Ordóñez, alegre, locuaz, despilfarrador y un poco aventurero.

De modo que las circunstancias en vez de acercarlos y fortalecer los lazos de su infantil amistad, más parecía complacerse en separarlos y distanciarlos más y más.

Parte muy esencial—casi definitiva—tuvo en ello el dioscello Amor, que más que deidad, debiéramos llamar Diablo cojuelo, travieso y enredador pertinaz.

Refugio, la quinceañera más lozana, más vivarachita y más hermosa de aquellos andurriales comenzó—sin ella quererlo al parecer—a sorberles el seso a los dos muchachotes. Refugio, la flor galana de aquellos contornos, al transformarse en mujer, era la más hermosa criatura, la más ingenua, la más bien gnardada flor, la más zandunguera serrana que ojos hayan visto.

Describirla? ¡Qué pluma es capaz de meterse en tamaños pergeños y sinuosidades! Agradécenos—bella Refugio—que no intentemos estrujar tus venustos lineamientos, la suavidad de tus contornos, lo prieto de tus cabellos, la refulgencia de tu mirar.... Retratar, resulta en veces profanar. Hay cosas que no se copian—¡Oh Refugio, tormento de pecadores! ¿Qué a cual de los apuestos garzones campesinos comenzó a distinguir Refugio con sus más aurorales sonrisas, con las saetas de su mirar? Pues claro, a Ordóñez, al arriero que cantaba y trovaba, que empuñaba el codo, que echaba sus jueargas los dominguos en el pueblo, cuando no andaba aupando mulas por lomas, repechos y canales de nuestras montañas riscosas, ariscas y bravías.

¡Claro, al parrandista y calaverón! decían sus padres. Habráse visto, el talento de esta maraca, de dejar a Pedrito, el juicio en pasta por el tronera de Ordóñez? Y empezó la caataleta, los sermones, las comparaciones para afear a éste y ensalzar a Pedro Moncada, el preferido. Este sí era hombre; ya estaba haciendo casa, tenía algunas reses y una linda y prometedora sementera. ¡Ei otro! Ese era un tronera manirroto, andariego, que nada conservaba. Matar-se tratjando—para luego—en una parranda, convertirlo todo en anís. Refugio debía de estar loca rematada. Y lo estaba sin remedio. Era que ese tipazo de Ordóñez le parecía a ella mucha gente. El otro

—Moncada—se enredaba saludándola, era tan andiadio, tan feo y tan simplón.... Pero muy sanote, sin vicios, demasiado formal, eso sí había que confesarlo. Y con todo esto, y las continuas amonestaciones de sus padres y parientes, no podía cambiar de rumbo a los impulsos de su corazón. Ella veía, palpaba la verdad, deseaba complacer a los suyos ser obediente y sumisa como siempre lo había sido, pero no podía trocar los sentimientos como se cambia de peinado; no era cosa tan fácil como a los demás les parecía.

Y eso que en veces sentía una rabia atroz contra ese Luis-Ordóñez, tan avisado y galanteador; que con cuanta muchacha topaba se volvía una miel, si parecía un palomo azul ese tunante. Mas ni por esas. Después lo encontraba en la plaza del Pueblo, o en el camino, y era irresistible, había que confesarlo.... Era un encanto con sus salidas, sus disculpas y floreos.

¿Que—Por qué era tan zalamero con otras muchachas?—Pues para ver si se le salía un poquito del calor de la enorme hoguera que entre el pecho llevaba para su Refugio, o para consolar a las otras—tan feitas—y a quienes nadie les decía ni un piporo. Pero—¡cambiarla a ella, a su Refugio, qué locura! Cuando lo menos que nacía donde ella pisaba, era un clavel; como le sucedía a una reina oriental, de un cuento que él había leído, y que dejaba surcos de flores por doquiera que pasaba.

Era lo que decía Refugio: Por brava que esté con Luis, le doy alguna quejía, y me sale con unas cosas tan bonitas que me tengo que contentar al instante.

**

Demasiado sabía Luis Ordóñez las pretensiones asiduas y tenaces de su rival Pedro Moncada hacia Refugio, y más aún, la fuerte oposición que en casa de ésta le hacían a él, por juerguista, avisado y barbían; y no ignoraba que Pedro, aunque de más humilde familia, era el preferido por los padres y demás allegados de su novia. Así, que siempre que tenía que ausentarse en sus frecuentes viajes, temía que ésta cediera, ante el sermoneo de sus padres, apoyados por todos los vecinos, y hasta por el mismo Señor Cura del villorrio, que también había tomado cartas en el asunto.

Aunque Luis tuviera completa seguridad de lo sincero y positivo del amor de su reina—como él la llamaba—se sintió descorazonado y fojo cuando tuvo que salir con su mulada para un viaje un tanto largo y de duración imprevista. Antes de partir, la escribió una larga carta, llena de ingenuidad y hermosura, escrita así como él hablaba, fácil sin trabazon retóricas. Hablaba en ella de su amor grande como el mundo y no la ocultó sus temores—no por su ausencia—sino por la guerra sorda que a él le hacían, exagerando sus defectos mientras endiosaban al indio Moncada, su rival.

Y partió una madrugada, con el pecho oprimido—cuando las aves aún no levantaban sus trinos; en que la luna pálida como un disco de plata se asoma-

ba tímidamente por entre las brumas matinales, engañando a los gallos que vigilantes la saludaban con cantos largos y quejumbrosos que semejabán ayes doloridos. Partía triste, profundamente triste. ¡Sé fiel Refugio de mi vida—müstaba entre dientes. «Partir es morir un poco», hubiera exclamado Luis con el poeta francés, al dejar tras la niebla y la colina el alcázar donde dejaba su querencia toda, el calor de su corazón.

Cuando Refugio, desde su modesto y tibio lecho, escuchó el eco del último grito tan conocido de su novio, Luis Ordóñez, sintió su pecho oprimido y un sollozo trajo su garganta virginal, y lágrimas amargas humedecieron sus ojos. Terribles dolores en almas sencillas que desgarran en el silencio, porque a nadie les comunican sus penas, porque ninguno las comprende ¡Pobre Refugio! ¿Resistiría el nubarrón que se le iba a venir encima, ahora todos contra ella tan sola y sin nadie que la amparara? Quién sabe que sería de la pobrecilla y sus amores.

* *

Transcurrieron algunos meses. Luis, con sus compañeros no volvía. Se habían comprometido en el transporte de un gran cargamento por allá en el Cauca.

Los padres de Refugio aprovecharon esta ausencia para convencerla de que debía casarse con Pedro Moncada, el crisol de los hombres, el muchacho ejemplar del vecindario. Este por su parte redobló sus peticiones, instó, rogó, suplicó con el apoyo moral de la parentela. Ese tarambana de Luis Ordóñez, ya la habría olvidado por allá en el Cauca y quizás ni volvería. Y como res perseguida y acorralada por valiente jauría, se rindió, se sometió a la omnipotente voluntad de sus padres a quienes amaba y respetaba con todas las prendas de virtud filial que la adornaban.

—Bien—dijo un día—me caso con Moncada, pero por obediencia, yo no lo quiero y se que voy a ser desgraciada; solo a Luis he amado desde niña pero si así lo quieren ustedes, que sea. Sus ojos re-

secos no lloraron más, sus lágrimas quemaban su corazón interiormente. Era el gran sacrificio que se ofrece por las almas heroicas y sencillas ante lo que se cree un deber ineludible.

—Eso de que ahora no lo quiera bien, agregaba el bonachón de su padre, nada significa; allá verá que a poco de casados lo quiere. Moncada es muy bueno, el otro no la hará feliz; es muy bebe tragos.

Así sería cuando su padre lo aseguraba, pero no entendía ese problema, ni se imaginaba cómo haría ella para olvidar a Luis, tan simpático, tan buen mozo, tan blanco, por el zambo Moncada a quien ella encontraba tan insignificante. Obedecía, para cumplir la ley de Dios, y callaba, bebiendo lágrimas acedas en la soledad de su alma amante y virginal. Y si el aguardiente era tan mala cosa que todas las cualidades varoniles de Luis quedaban oscurecidas por algunas copas que apuraba con amigos en días de fiesta, y eso de tarde en tarde, ¿por qué vendía el gobierno ese maldito brebaje que le arrancaba a ella su dicha apartándola de aquél a quien amaba desde niña? Refugio con sus pocos alcances en asuntos sociológicos, y consultando tan sólo su moral nativa, hallaba en esto un laberinto, un absurdo que ninguno de los suyos le explicaba. ¿Y ese gobierno que ella no sabía quien era, por que castigaba a los que bebían lo que él mismo les vendía, y que según decires, necesitaba esos dineros que dejaba el negocio ese de los aguardientes? Hasta aquí llegaba Refugio en sus lógicas deducciones, pero de allí no pasaba la pobre. Esto era para ella como un callejón sin salida.

* *

En medio de estas y mil cavilaciones más, se llegó la fecha del matrimonio. Refugio sintió llegar ese día con una dolorosa indiferencia; ni trajes, ni regalos la sacaban de esa especie de triste embotamiento en que su pobre espíritu yacía. Era como uno de esos pichoncitos a que un fuerte huracán arranca de su nido, sin estar aptos todavía para volar, y tiritan por el suelo entumecidos y maltrechos.

Y parecía la naturaleza—empeñada en tornarla más bella y gentil, al disminuir en su rostro los colores montañeses, al apagar un tanto las irradiaciones de sus ojazos negros y profundos, ante el continuo trabajo, la impía lucha sin tregua de la cabeza con su pobre corazón, terco como niño mimado para entender y aceptar lo que no quería. ¡Cómo ansiaba la muerte, la desdichada y dulce Refugio! Pero la muerte no viene cuando se la llama, es falaz y traidora, y viene callandito cuando se la teme, cuando se reboya, cuando aún esperamos algún dulzor de la vida. ¡Oh vida! maestra sabia en desengaños, dolores y acechanzas, salve!

* *

El «Si», que ante el modesto y pobre altar de la Capilla de su pueblo, pronunció Refugio como

EN VACACIONES



Jugando a las leñadoras.

solenne promesa de unir su destino al de Moncada, fue un monoslabo puramente labial, obscuro, impreciso, porque su corazón en su batir isócrono y continuo repetía: *No, no.*

Pero para el cumplimiento de todo contrato, de todo juramento, las humanas leyes se contentan con meras palabras, aunque ellas broten insonoras y contrarias a los sentimientos que en lo hondo de nuestro espíritu se ocultan. Un *si* o un *no*, pueden ser los agentes de nuestra dicha o de nuestra desgracia perenne, en el curso de la vida.

Cuando los desposados, parainfos y demás acompañantes regresaron a la casa de Refugio, encontraron la noticia de que Luis Ordóñez había llegado en la noche con su recua.

Todos de común acuerdo le enviaron recados de salud y de invitación, para que viniera a compartir con ellos los sencillos pasatiempos a que las gentes del campo se entregan en estos excepcionales días de boda. Luis—aunque con el alma herida—se presentó a poco en el patio de la vivienda; saludó a todos sin encogimiento, luego, viendo a Refugio en un extremo del corredor, aislada y silenciosa, se aproximó a ella y sin darle la mano la dijo:

—Me partiste el alma? Verdad, Refugio?

—Te maté y me hicieron desdichada para siempre, fue la única respuesta de la hermosa campesina, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas.

Comprendiendo Luis, que él también iba a llorar, y sintiendo como un nudo amargo en su garganta que lo ahogaba, se retiró sin una palabra más.

Tratando de disimular su honda turbación, se mezcló entre los grupos que por patios, corredores y en el jardín había.

Todos trataban de divertirse; templaban instrumentos, escanciaban copas que bebían entre gran bullicio y algazara. Contra lo que era de esperarse, Luis no quiso apurar ni una sola, y Moncada, el desposado, aceptaba y trincaba con todos.

La concurrencia se animaba; todos hablaban, reían, fingían luchas, para volver a repetir las libaciones. Luis como embobado, atento solo, al parecer a su dolor interno, a la herida que por dentro sangraba, miraba como inconsciente todo lo que a su alrededor ocurría.

--Luis vino bobo del Cauca! gritaba algún amigo, y éste asentía sonriendo; era la verdad: Estaba y se sentía como un imbécil. No era para menos, con lo que le pasaba: el fracaso de la única ilusión que en su rutinaria existencia había acariciado con embeleso. Hacer suya a Refugio, y ya era de otro y para siempre.

La animada concurrencia invitaba a Luis a que tomara parte en sus diversiones: unos, para que cantara; otros, a que jugara a las cartas; esofros, a las penas. ¡Hartas llevaba él en su alma!

Con todos se disculpaba de alguna manera amable y festiva, aunque sufría tanto, que sintió positivamente haber venido tan solo a exacerbar sus torturas. Agregábase a todo esto, que Moncada, medio borracho, hacía su triunfo demasiado ostentoso; no tuvo la delicadeza—el innoble mestizo—de disimular su desbordante alegría, la que exteriorizaba con chistes burdos y canallescos. Muchas veces aludía al triunfo obtenido sobre Luis habiendo sido él, aceptado y rechazado aquél.

—Así, moreno y todo, le quitó la muchacha al blanco, y lanzaba una carcajada insultante. Luis callaba.

Varios de los concurrentes comenzaron a jugar el arma; un esgrima salvaje, si se quiere, pero hermoso y pintoresco. En este deporte era Ordóñez habilísimo, y por tanto todos lo invitaban a que tomara parte en él.

Por no rehuir tantas invitaciones, y como para que no se dieran cuenta del abatimiento de su espíritu, aceptó al fin, y preguntó:

—¿Y con quién?

—¡Comnigo! Gritó Moncada, un tanto ebrio, y poniéndose en guardia. Luis solicitó una peñilla, que le alargó un amigo, e hizo otro tanto.

Comenzó el juego, y bien pronto notaron los circunstantes, la gran ventaja que Luis tenía sobre su adversario, y que Moncada, no parecía jugar sino combatir con furia loca. Su rostro ceniciento estaba alterado e iracundo, y sus golpes demostraban una intención innoble y aviesa.

Ordóñez lo notó también al instante, y aunque se defendía con suma habilidad, sufrió un fuerte pinchazo en el brazo izquierdo. Cuando vio la sangre y comprendió el peligro en que se hallaba, con hermosa elasticidad, con impetu de felino, tiró a fondo y atravesó la garganta del mestizo, quien cayó de espaldas revolcándose en su propia sangre.

Luis arrojó lejos el arma, miró en derredor como alocado, vio el cuerpo que aún se estremecía a sus pies, y con voz ronca e incoherente exclamó:

—Tú lo quisiste indio maldito.... Ahora, Refugio será mi refugio.

Saltó el seto y se dirigió por el sendero que conducía a su casa. Allí lo recibió entre sus brazos una viejecita endeble, de cabellera blanca, blanca, quien enjugó y restañó su brazo herido y secó el manantial de lágrimas que, comprimidas hasta entonces, brotaban ahora abundantes de su corazón enfermo y lacerado.

Justo NONTOYA A.

LA LENGUA OLVIDADA

I

Si la noción abstracta de Belleza, como origen de las artes, es un misterio, en nada parece ser éste más impenetrable que en lo relativo a lo bello musical.

¿En qué consiste la belleza de los sonidos, para los que creemos en algo más que en los fenómenos que son del resorte de la física o de las matemáticas, que también se relacionan con el secreto de la música?

Las artes, en general: la pintura, la escultura, la arquitectura, la literatura misma, son signos de relación; nos llevan fuera de ellas mismas: a la vida de la naturaleza, a la intelectual, a la imaginativa o afectiva de los hombres. El arte óptico es una espiritualización de la materia; la revelación de lo invisible que hay en ella. La literatura dice Fichte, es fina constante revelación de lo infinito en la carne.

Pero ¿y la música? ¿Qué dice? ¿Qué representa? ¿A dónde nos conduce? ¿En qué consiste su belleza,

si no podemos apreciar si está o no en justa relación con su objeto?

He ahí un arte autónomo, sin conexión, al parecer, con nada que no sea su propio yo. ¿No es entonces un arte? ¿Es por dicha, un juego o deleite animal?

El hecho es que la música hace aullar a los perros, los cuales se quedan impasibles ante las pinturas, las estatuas, las líneas arquitectónicas.

Sin embargo, si bien lo examinamos, ni es exacto que las otras artes vivan sólo como reproducción de algo ajeno a ellas mismas, ni es del todo verdad que la música carezca de aquella relación.

Si suprimimos el asunto de un cuadro, figuras humanas, árboles, cielos, mares, nos encontramos sólo con una superficie pintada de colores varios: no es una obra de arte pictórico; nada representa. Si nos imaginamos un conjunto de palabras sin sentido no reconoceremos en él una obra de arte literario, nada nos dice.

No puede negarse, sin embargo, que, aunque no llamemos pintura ni literatura a esos fenómenos ópticos o acústicos, el juego de colores puede ser hermoso o feo, y apacible o desapacible el de sonidos articulados. Hay, por ende, arte del color y arte de la palabra, sin relación con las formas de la naturaleza ni con el pensamiento humano.

Todos sabemos que hay o no buen gusto en la elección de los colores, pero nada más eficaz para sugerirnos el concepto de ese sentido, de color en absoluto, que el mirar la paleta recién abandonada por un grande artista, y mucho más si se la compara con la de uno malo. Sentiremos en aquélla la armonía, la vibración del espíritu que flotó sobre las substancias policromas. Y de eso procede el deleite especial que nos produce el primer esbozo de un cuadro, la primera mancha de color, difusa, sin nada concreto, y que preferimos, sin embargo, al cuadro mismo de que fue origen, y en el que acaso perdió de armonía absoluta tanto cuanto ganó de significado de expresión concreta.

El juego de palabras sin sentido articuladas por un hombre, podrá no ser arte literario; pero bien distinguiremos el conjunto armonioso del que no lo es, y mucho más si sabemos que, aquellos sonidos,

son palabras de un idioma que no entendemos. No tienen tema o asunto concreto; no son signos convencionales de cosas o ideas o imágenes o afectos. Y son, sin embargo, belleza o fealdad, armonía o disonancia.

Quizá por ese camino pueda uno acercarse a la puerta del misterio de la música, y hasta mirar por la cerradura.

II

La circunstancia de no expresar la música una relación directa con la naturaleza o con el alma humana, ha hecho que se le niegue hasta el carácter de arte, y no ha faltado quien, considerándola simple entretenimiento o deleite de los sentidos, la haya calificado de sensualista. Es la afirmación del que carece de sentido; del ciego que niega los colores; del hombre salvaje que no concibe la escritura.

El sonido, en la música, no es sólo vibración o caricia sensual; es también signo de algo distinto y superior al sonido mismo. La diferencia entre ella y la palabra y la línea y el color, que sirven de materia a las otras artes, está en que la línea y el color son signos *imitativos*; signo *convencional* la palabra en nuestras actuales lenguas: a tal sonido o conjunto de sonidos articulados corresponde tal objeto, porque nos hemos puesto de acuerdo que así sea.

La música es un signo *absoluto*: a tal sonido o conjunto de sonidos corresponde esencialmente

tal ser o estado de la naturaleza, tal pensamiento, tal afecto.

«Me gustan estos días de tiempo lluvioso, dice Amiel, tan favorables al recogimiento y a la meditación; *repican en bembol y cantan en menor*. Se parecen a los silencios en el culto, que no son los momentos vacíos en la devoción, sino los momentos llenos».

La lengua que el hombre recibió de Dios en el paraíso, era esa: música articulada, correspondencia esencial entre los sonidos que emitía y su vida psíquica, o su relación con el universo.

La palabra que ha de representar al objeto, procede de la propia claridad de éste.

Esa relación intrínseca y absoluta entre sonidos y humanos pensamientos, imágenes o afectos, esa



SEÑORITA SOFÍA TOBÓN A.
 de Manizales

lengua no arbitraria ni convenida, es la música. Los genios musicales quieren recordarla; pero todos la recobramos en el paraíso, donde ese idioma quedó perdido u olvidado, sin duda alguna.

Entre tanto, tenemos que contentarnos con un instinto o vaga reminiscencia atávica, que es lo que constituye la belleza ideal que la música se esfuerza en realizar.

No en balde se ha pensado en que la música podría decir de sí misma lo que el Divino Maestro: «*Mi reino no es de este mundo*».

Y, acaso por eso, el arte musical es un arte exclusivamente cristiano. El cristianismo es la *restauración* del hombre.

Los griegos fueron todo, en materia de belleza,

poetas, oradores, arquitectos, escultores.... todo, menos músicos.

Músicos fueron, en cambio, los hebreos, que no tuvieron artes gráficas; ellos, esperando *al que había de venir*, cantaban salmos, al son del arpa, a orillas del río de Babilonia. Era el pueblo nostálgico.

También los ángeles cantaron, entre cielo y tierra, en la madrugada de Belén.

¿En qué lengua cantaban?

Los pastores, siro-caldeos les entendieron perfectamente.

Y fueron al musical establo, donde la humanidad recuperaba su perdido paraíso.

Juan ZORRILLA DE SAN MARTIN

CONFETTI

Igual con todos los centros educativos de Medellín clausuró sus tareas del presente año el Kindergarten Oficial Número 1, con un bellísimo acto solemnemente presidido por el señor Director de Instrucción Pública del Departamento.

El Jardín Infantil presentó, por turno, sus tres secciones en que se divide, con la inteligencia y lucidez propias de sus profesoras, no obstante el local estrecho, casi impropio donde alterna, que apenas podía contener a los concurrentes ávidos de presen-

ciar el desarrollo de la ciencia instructiva aplicada a los niños y poco menos que nueva entre nosotros. Sobra decir de la actitud serena y atractiva de los niños ante el público, desde escuchar atentamente a sus profesoras y responder a sus preguntas, hasta recitar poesías patrióticas con la calma y el orgullo que acusara en ellos a sus propios autores.

Cada vez que presenciáramos un Jardín Infantil, concebimos la imagen de la Patria futura con profundo amor, sabía y vigorosa, fraternal en su espíritu y apegada en su corazón a muy altos ideales.

Dios y Patria llenan las bocas de los niños. Y tras de estas palabras vienen la idea y el análisis, y múltiples conocimientos mezclados al juego y la caricia, que al niño sorprenden cuando es hombre y guía sus pasos adelante.



Fot. M. Leinde

Las diversas secciones de niños en el Kindergarten Oficial No. 1.—En la parte superior, a la izquierda, las Señoritas Directoras Mercedes Gómez, y Filomena Jaramillo, y a la derecha, la Señorita Teresita Piedrahíta.

En los jardines infantiles palpita la provocación de desandar la vida para emprenderla nuevamente. Divina provocación que se enreda a los dibujos maravillosos sobre el papel, a las figuras de barro y de cartón que crean las manos de los niños; antojo supremo de sentir a Dios en la luz, en las flores, dentro del propio corazón; de amar a la Patria bajo el pedazo de cielo siempre claro y sobre el pedazo de tierra donde las madres ensayaron sus ingenias y eternas canciones.

La juventud, así, nos hallaría valientes, y la vez jez soñadores de un pasado fecundo!

Es tiempo ya de que se haga un silencio admirativo en torno a «La Ciega» ¿Quién no sabe del Cuento premiado en el Concurso Literario último? A su autora se le ha concedido el lauro que merece. ¿Qué méritos reconocidos amengua, a esta hora, el comentario subversivo de comparar «La Ciega» con «La Esfinge»? Espíritus sanos, apreciadores inteligentes, no han visto lo que ven espíritus insanos y apreciadores inteligentes de mala voluntad. Es tiempo de que cesen tantas cosas de un argo sabor, de matiz fuerte que la pluma escribe con fastidio y que nunca debemos exhibir.

El Cuento «La Ciega» por sabido se tiene que es hermoso y bien nacido. Su autora lo ha creado con arte y con vida plausibles, si con menos arte, acaso con más fondo de naturalidad que lo está aquel que con mil más pueda tocarse, así como se tocan las cosas de ayer con las de hoy, desde la línea recta hasta el voluble capricho de las nubes.

Aceptemos que «La Ciega» es apenas hermana de «La Esfinge», y que la autora de aquel Cuento allega más méritos que el autor de éste.

Humildísimo concepto que regamos en reconocimiento de una intensa y bien grata emoción nacida y alcanzada de pluma de mujer.

V.

La Escuela de Música de la Sociedad de Mejoras Públicas celebró el Acto final de estudios del presente año con una hermosa audición en la cual sobresalieron varias de las alumnas que integran la sección femenina del simpático centro artístico.

La noble misión que con constancia laudable y no pocos esfuerzos realiza la benemérita S. de M. P. al cultivar el espíritu femenino en todos los campos científicos, se exterioriza de manera sorprendente en el grupo de jóvenes entusiastas que son timbre de honor de la Escuela y uno de los más bellos exponentes de la cultura de la mujer antioqueña.

En el teclado del piano las manos primorosas, hechas para el amor y la ternura, tenían el encanto sugestivo de la Belleza, y la armonía obraba el milagro de las emociones.

Las notas finas, las cadencias suaves arrancadas hábilmente del instrumento que parecía sentir y vivir bajo la caricia de la mano maestra, formaban un conjunto maravilloso de perfección, intérprete fiel del sentimiento y del amor que las noveles artistas pusieron en sus ejecuciones.

En el ambiente comercial y estrecho del medio en que actúa la mujer, fue una bella nota que conforta y una promesa generosa de culturización, el certamen artístico realizado por las gentiles damas de

la Escuela de Música. En el campo propicio del arte formado por el Instituto de Bellas Artes, muchos y muy valiosos frutos habrán de recogerse, que serán un motivo de orgullo para Antioquia.

C



Señora Doña PAULINA RIVERA DE RESTREPO

Nació en Anorí el 19 de Julio de 1859.

Hizo estudios en la Escuela Normal de Medellín hasta obtener el Grado de Maestra de Escuela Superior, según Diploma que se le concedió el 18 de Abril de 1887. En el mismo año empezó a ejercer el magisterio en Envigado y casó allí el 5 de Noviembre con el señor Bartolomé Restrepo, quien fue honra y prez de la Instrucción Pública de Antioquia hasta su muerte ocurrida el 31 de Marzo de 1907.

Por cinco años fue Profesora Doña Paulina en Envigado, y por espacio de 30 años en esta ciudad de Medellín.

El 6 de Marzo de 1915 se le confirió Diploma de Honor. La Gobernación de Antioquia le concedió pensión de Jubilación por Ordenanza No. 54 de 27 de Abril de 1915, y el Gobierno de Colombia decretó nueva pensión de Jubilación por sentencia de la Corte Suprema de Justicia, el 2 de Mayo de 1917.

Esta honorable y distinguida matrona falleció el 20 del presente mes en esta ciudad.

Fue madre de los delicados poetas nacionales Jesús y José, conocidos con la firma de J. Restrepo Rivera.

RESOLUCION N.º 147

de 22 de Noviembre de 1921, por la cual se lamenta la muerte de una distinguida Institutora.

El Director General de Instrucción Pública,

CONSIDERANDO: 1.º Que el 20 de los corrientes murió en esta ciudad la Señora Paulina Rivera v. de Restrepo, distinguida Institutora que sirvió por más de veinte años a la Instrucción Pública del Departamento, en las ciudades de Medellín y Envigado;

2.º Que la Señora Rivera v. de Restrepo desempeñó su magisterio con celo digno de encomio, como lo prueban el Diploma de Honor concedido por la Junta Departamental de Instrucción Pública, en el año de 1915, y los documentos formados para obtener las Jubilaciones tanto Nacional como Departamental, gracias de que venía disfrutando desde hacia algunos años;

3.º Que es deber del Gobierno honrar la memoria de los servidores meritorios.

RESUELVE: 1.º. Lamentar sinceramente la desaparición de la distinguida Institutora, Señora Doña Paulina Rivera v. de Restrepo;

2.º. Recomendar sus méritos a la consideración y gratitud de los antioqueños.

Envíese copia de esta Resolución, con nota de estilo, a la familia de la finada.

Comuníquese. Dada en Medellín, a 22 de Noviembre de 1921.

Alejandro MUNERA

LOS NIÑOS

Es preciso ver las posturas que guardan los niños en la cuna por la mañana, antes de despertar. ¿Quién puede contener la risa y los besos? Son posturas de soldados muertos sobre el campo de bata-



WILLIAM VASQUEZ R.

lla, gestos de dolor desesperado, contorsiones de acróbatas, abandonos desalinados de amantes melancólicos. Ora descansan con un codo sobre la almohada, ora se acuestan sobre la cabeza, de modo que buscándoles el rostro, encontráis la punta de los pies, y queriendo atrapar un pie metéis el dedo en su boca.

Y entonces es lindo tocar todo: niño, sábana, cubierta y colcha, y huir por la casa, con la presa caliente entre los brazos.

Quien ve sin reír a un niño de tres años, cuando apenas despierto, vestido y puesto en tierra, queda un momento inmóvil, resregándose los ojos y después adelanta con paso lento, todo dormido, desgredado y mirando a la gente de través: o cuando es presa de frío y tiene lívida la naricita, y camina con pasos de titer, haciendo pucheros y mil muecas graciosísimas, como para decir: «Soy chiquito, soy una cosa de nada, calentadme o desaparezco»; o cuando mete media cabeza en un tazón de café con leche, que sostiene con las manos, mientras traga ávidamente, hace la guardia con el rabo de un ojo a un bizcocho sobre el cual sospecha que tengáis una intención hostil... Quien ve esas cosas sin reír, no tiene sentido cómico delicado.

¿Quién puede decir que es la voz de los niños? Es el gorjeo del ruiseñor, el grito de las golondrinas, el pio pio de los pollos, el maullido de los gatos. Sus notas de flauta, murmullos y cuchicheos infinitamente suaves, gritos y gruñidos que laceran los oídos, trinos de soprano, estallidos de voces viriles, detonaciones de tenor resfriado, falsetes de máscaras, florituras y pasajes extraños; todos

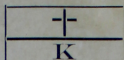
los sonidos que brotan de una jaula de cien pájaros y de una orquesta de cien instrumentos.

Acercad el rostro a su boca, haceros murmurar algunas palabras al oído; a veces sale de ellas un sonido que os turba; parecéis haber puesto el oído en el respiradero de una puerta misteriosa de la que sale una voz sobrehumana.

Edmundo de AMICIS

LA CASA DE TODOS

Comprimidos



100 Vieja

R DE: E

Charadas

Primera, busca con maña
En tu libro de lectura;
Tercera, lo tiene España,
Prima tres, oh qué dulzura
Cuando en el Puerto se halla!
Y el *todo*, sí que figura
Entre ciudades de fama.

Mi *tos segunda*, perdido
Cruza las ondas del mar.
Yo se que *prima* querido
Mi *todo*; pues apellido
Es de quien amo sin par.

Es mi *todo* una ciudad;
Prima y *segunda* yo doy,
Y el que es *Prelado*, al revés
Usa mi *prima* o mi *dos*.
B. M.



Bella escultura de la niña Lucía Alvarez Lalinde, hecha en mármol por el artista colombiano Marco Tobón Mejía, residente en Francia, que fue presentada por su autor, y distinguida en la Exposición de Bellas Artes de París.

Molinos Californianos

TUBERIAS

RUEDAS PELTON

ESPECIALIDADES DEL

Taller Industrial de Caldas

DE

Greiffenstein, Angel & Cía.

Botero y Lalinde

Dr. Gonzalo BOTERO, Abogado.

Federico LALINDE, Comisionista.

BOGOTA - COLOMBIA

Se encargan de toda clase de negocios
en comisión.

Gestionan asuntos administrativos ante
las distintas Cortes y los
Ministerios.

Compra y venta de Letras,
Mercancías, Fincas Raíces & &.

Precios módicos en su
Comisión.

Por telégrafo: FEDERLAN

Apartado No. 640

Félix Mejía & Cía.

ARQUITECTOS

Solicítenos para todo lo re-
lacionado con Ingeniería
y Construcciones.

CARUPANO 42



Bernardo Mora & Co.

Gran Almacén de Licores y Rancho.

Ofrece a Ud. un magnífico surtido de
pólvora, juguetes y novedades
para Noche-Buena.

Los mejores precios de la plaza.

CANUTO TORO M.

ha trasladado su almacén a la Calle de Colombia, local que ocupaba "La Primavera"

Ventas por mayor y al detal.

TELEFONO 2-8-5

Es exclusivamente de Contado toda venta al detal

La Moda Elegante y El Chic

El mejor surtido de Mantillas y Pañolones.

Hijos de LAUREANO MERINO & Cia.
Medellin-Colombia

Fósforos de Bengala

y artículos para Diciembre
en la Cantina

"EL POLO"

ANUNCIE USTED EN

"El Correo Liberal"

el periódico de mayor
circulación en Medellín y en el
Departamento de Antioquia.